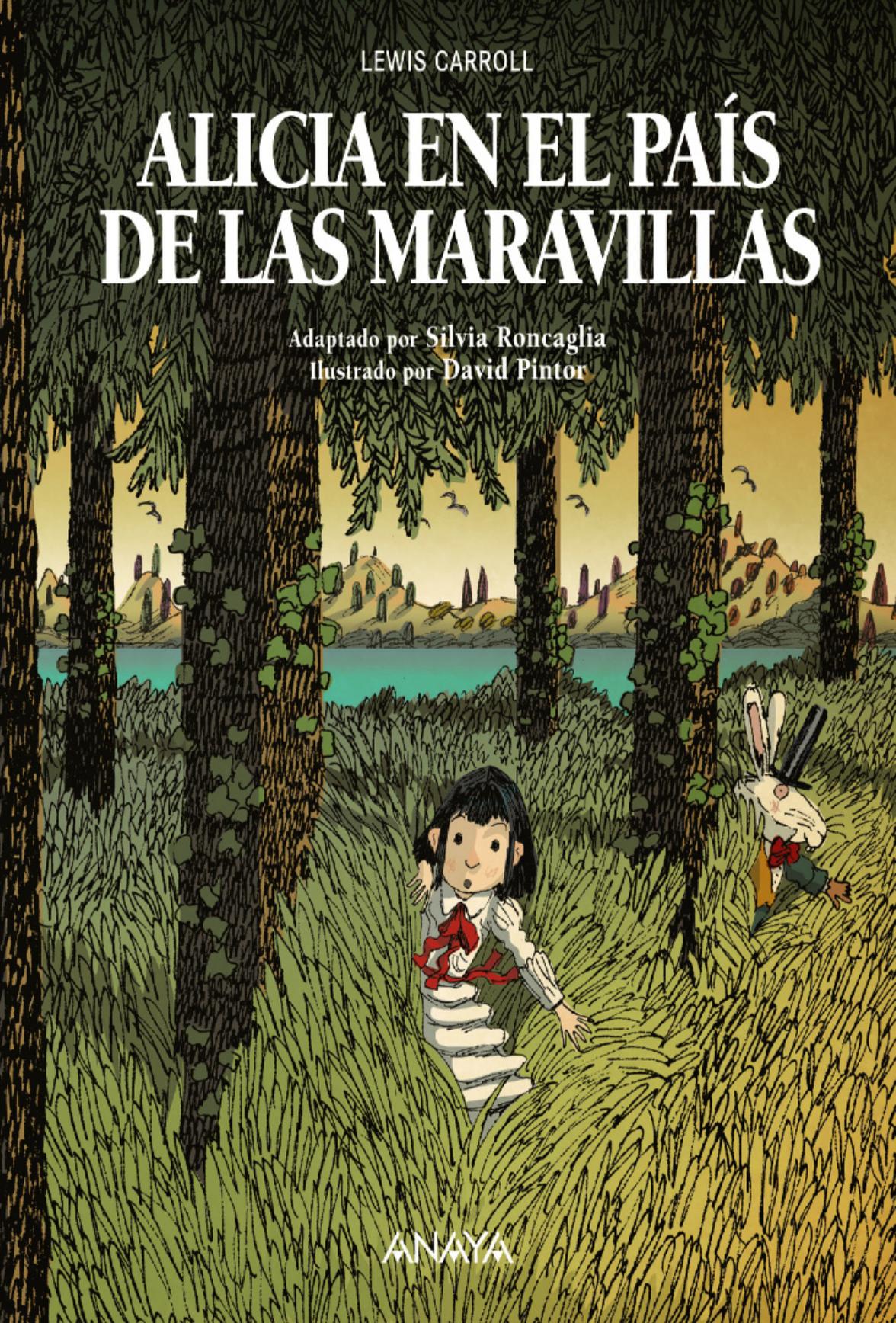


LEWIS CARROLL

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Adaptado por Silvia Roncaglia
Ilustrado por David Pintor



ANAYA





ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS



A Viola, a quien tanto le gusta esta historia.

SILVIA

*Para Uxía, quien me ha incitado a entrar
en su fantástico mundo.*

DAVID

1.^a edición en lengua castellana: noviembre de 2023

Título original: *Il meraviglioso mondo di Alice*

© Edición original de Edizioni Lapis, Italy, 2015.

Todos los derechos reservados.

Publicado por intermediación de Atlantycya S. p. A.

Adaptado por Silvia Roncaglia

Cubierta e ilustraciones de David Pintor

© De la traducción: Carlos Gumpert, 2023

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN:978-84-143-3477-5

Depósito legal: M-25503-2023

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización. Para más información, póngase en contacto con Atlantycya S.p.A. - Corso Magenta, 60/62 – 20123 Milano Italy foreignrights@atlantycya.it- www.atlantycya.com

LEWIS CARROLL

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

Adaptado por Silvia Roncaglia

Ilustrado por David Pintor

Traducción de Carlos Gumpert

ANAYA



PRÓLOGO

¿Quién no conoce el personaje de Alicia y sus fantásticas aventuras en el País de las Maravillas, a donde llega por casualidad siguiendo la pista a un extraño Conejo Blanco que ha visto pasar corriendo, con una chaqueta, un chaleco y un reloj de bolsillo? *Alicia en el País de las Maravillas* se publicó por primera vez en Inglaterra hace ciento cincuenta años, y desde entonces millones de niños de todo el mundo han leído la historia que Lewis Carroll inventó para divertir a la pequeña Alicia Liddell, a quien está dedicada.

Entonces, ¿por qué razón contarla de nuevo, y sobre todo contarla de una manera nueva? Porque una buena historia nunca muere, y a los niños de hoy y de mañana, como a los de todos los tiempos, les siguen gustando y les gustarán siempre las aventuras fantásticas y surrealistas. Algunas cosas cambian, sin embargo, porque la lengua, las costumbres y la educación de los niños ingleses de entonces son distintas a las de los niños de nuestros días, así como las canciones infantiles que hoy conocemos son distintas a las que le gustaban a Alicia Liddell.

Por eso, al enfrentarme a la difícil tarea de volver a presentar el mundo imaginario de Carroll a los lectores de hoy, me prometí traicionarlo respetándolo.

Yo también he experimentado con el lenguaje, con el mismo placer que sentía él por darle la vuelta a los significados, los juegos de palabras y los sinsentidos, pero utilizando cancioncillas y cantinelas muy conocidas hoy en día, en lugar de las canciones infantiles decimonónicas del libro original, que hoy apenas nos resultan comprensibles. Y partiendo de sus dos textos, como ya hizo Walt Disney (*Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo*), he utilizado un lenguaje más moderno y actual.

SILVIA RONCAGLIA



CAPÍTULO I

Tras un Conejo Blanco

Alicia era vivaz, curiosa, alegre y llena de imaginación, como a menudo solo los niños son capaces de serlo. Alicia, en efecto, era una niña.

Su hermana era seria, equilibrada, sensata y, a veces, un pelín aburrida, como suele ocurrir cuando uno se hace adulto. Su hermana, en efecto, era ya una mujer, joven, pero mucho mayor que Alicia. Aquel día, sin embargo, un luminoso y caluroso día de verano, si hubiéramos visto a Alicia tumbada bajo un roble junto al río, no nos habría parecido vivaz en absoluto. Al contrario, estaba tan apática y aburrida que no se habría levantado de la hierba ni siquiera para recoger margaritas y hacer una corona con ellas. Ni siquiera habría alargado la mano para acariciar a su gata Dina, a la que tanto quería.

Culpa del calor, en parte. Pero, sobre todo, culpa de su hermana, que llevaba una hora por lo menos leyendo un libro, instructivo y muy interesante para ella, que a Alicia en cambio le parecía aburrido, muy aburrido.

—¡Uf, qué calor! —resopló Alicia, dejando escapar un bostezo. «¡Y qué rollo, qué rollo más rollazo!». Esto, sin embargo, solo lo pensó, pero no se atrevió a decírselo a su hermana mayor, que seguía leyendo lentamente. De vez en cuando, Alicia echaba un vistacito a las páginas, ¡pero vamos, que nunca había ni un solo dibujo! Ni siquiera tan pequeño como un penique, ni siquiera



en blanco y negro. Solo palabras. Solo esos inacabables monstruitos oscuros, las letras, persiguiéndose muy juntitas como hormigas negras en un hormiguero.

«¿Y para qué sirven los libros si no hay dibujos?». Esto es lo que pensaba la niña, mientras sentía que los párpados le pesaban como cortinas mojadas, cuando, de repente, un Conejo Blanco de ojos rosados pasó corriendo por delante de ella. Pues no es nada raro, podría pensarse, para alguien que vive en el campo como Alicia. Pero aquel conejo llevaba chaqueta y chaleco, y Alicia vio que sacaba del bolsillo uno de esos graciosos y anticuados relojes de bolsillo pasados de moda, grande y de oro. Lo miró y exclamó jadeando:

—¡Oh, Dios mío! Voy a llegar tarde, terriblemente tarde, tardísimo.



Alicia se espabiló asombrada y abrió de par en par los ojos. «¿Desde cuándo llevan los conejos chaqueta y chaleco y miran relojes? ¡Nunca había visto nada igual! ¡Qué extravagancia tan extravagante!». E inmediatamente se puso en pie de un salto, llena de curiosidad, y empezó a perseguir al extraño animal por los campos. Cuando lo vio desaparecer en una madriguera, Alicia se metió dentro, a gatas. Y corrió, lejos del aburrimiento del día... y corrió, lejos de la monótona voz de su hermana... y corrió, lejos de los rollazos de libros sin dibujos... corrió a toda prisa, ¡tras un Conejo Blanco!

